

# LA ASOCIACION,

DIRECTOR: **D. José Garcés y Tormos, Médico titular de Santa-Eulalia (Teruel)**  
donde se dirigirá toda la correspondencia.

CRÓNICA.

## ¡ YA ESTA AQUI !

En los orígenes de la hermosa ribera del Gilocca, en la extensa meseta do radican los pueblos del rio de Cella, la epidemia se ha presentado ya con la fúnebre y aterradora solemnidad, que huésped tan temible hacia presumir. Los sapos que dijo el arriero en su maldicion, han *caído* sobre nuestro pueblo. ¡Dios que me dé salud, y con ella disposicion y humor, que de todo necesitamos en la fatigosa vida que arrastramos, para poder concluir las tristísimas crónicas de esta quincena y con ellas poderos decir quien era el arriero y cual sus sapos? Despues, ya pediremos para la otra.

Algunos días hacía, que entre los pueblos del rio se susurraba si en el de Torrelacárcel había ó dejaba de haber casos sospechosos. Aquel su médico, nuestro queridísimo amigo D. Rodolfo Soriano, al que no falta aptitud, disposicion y alma para sincerarse, si necesidad hubiera y que en nuestro concepto no la hay, era objeto de las miradas de todos. Tres ó mas defunciones sucesivas y en menos días de intervalo, de curso rápido y de sintomas equívocos, fueron lo bastante para llamarle la atencion, como la del vecindario, entre los que la palabra *sospechoso*, ¡maldita palabra que nunca debió emplearse! corria de boca en boca. Así lo comprendió nuestro compañero y así lo puso en conocimiento de las autoridades. Dos ó mas defunciones mas y lo que eran sospechas pasaron á la categoría de realidades y el cólera se declaró *científicamente* en Torrelacárcel. Tienen V. V. pues, en un brochazo y gordo, el primer dato: el segundo nos lo dá la *Gaceta* diciendo que en el parador de Monreal había fallecido un individuo atacado de cólera morbo asiático, y con estos antecedentes, que no debeis olvidar, entro yó en accion; yo, á quien Dios en su infinita misericordia, ó el diablo en sus ardidés, tenia reservado este singular caso, en que, en descomunal batalla tengo que dar pruebas evidentes de lo que és, de

lo que puede y de lo que hace la *andante medicina* en eso de desfacer entuertos, amparar doncellas, socorrer necesidades y asistir coléricos en las tristísimas circunstancias que uno ó ambos á dos de esas entidades morales me han deparado. Empiezo pues.

Regresaba de Villarquemado á donde había sido llamado en consulta con el médico Sr. La Torre la tarde del 29 del pasado Junio. El señor San Pedro, encargado de ciertos *ruidos* allá en los altos, quiso darnos una muestra de sus conocimientos electo-magnéticos, en el día que la iglesia le dedica á su conmemoracion, así que el relámpago y el trueno, el aire huracanado y el agua se cernió sobre nuestra pecadora humanidad y sin consideracion á que por honrarle nos habíamos echado encima la mejor ropa del arca. Ya próximo á mi pueblo y campo através veo correr hácia mí á dos que mas que hombres me parecieron demonios, cuando profundamente afligido exclame ¡por mí vienen! Y mi afliccion tenia su fundamento. Era día de fiesta y ya me consideraba en el camino dando un capote ó arreglando, por una vez siquiera, unas *cincuenta y cuatro*, cuando por lo que despues supe, el copado era yó y no menores las cincuenta y cuatro que me aguardaban.

¿Qué hay?—Señor, malas noticias: mi madre que tiene el cólera.—¿Caracoles.... estás en lo que dices....?—Tome V.: y me entregó una *esquela* del practicante de Torremocha, que decia: «.....Véngase á escape, tenemos un caso sospechoso, el Ayuntamiento reunido.....» Aquel disparo á quemarropa no es fácil expresar el efecto que me causó. Me desesperé renequé, maldecí y otras cosas peores y terminé, ¿por qué no decirlo? por encomendarme á Dios, así á mi manera, es decir, entre fervoroso y maldiciente. ¿Por qué me ha de tocar á mi, meter ruido también en éste asunto? ¿Será ó no será verdad? En absoluto no me sorprendió la noticia; por lo que al principio digo, teníamos hasta dos focos cerca, uno cuando menos bien definido, y ello á mí como á todos nos llevaba preocupados, pero francamente no lo esperaba tan pronto, ni por ese lado: caballero tan principal, siempre creí que entraría en ésta tierra de los *proyectos* sin proyectar, por otras mas

principales partes; ésto atribuirse debe ó á que ha querido presentarse dando muestras de su ninguna aspiracion social ó á que ha preferido éstos encharcados y siempre miasmáticos prados como terrenos mas abonados para su incubacion, desenvolvimiento y presentacion despues en otras comarcas. Si así fuera, y ésta es nuestra opinion que tal vez mas adelante digamos mas por extenso, desoid, desoid una vez mas la voz del que pedía el nombramiento de una comision que estudiara su marcha y progresos en Valencia, desatended las observaciones del que en sus comunicaciones dice oficialmente la verdad del hecho, no asistais á estos pueblos si necesidad hay de ello, no nombreis delegados con amplias facultados para todo y *sobre todos*, que bien luego, y sabe Dios que no lo deseo, bien luego cuando criado y cultivado en el sentido de su salvagismo y fiebre, al calor de ésta extensa planicie, y en un medio *abonadísimo* cual es el paludismo, constitucion médica reinante en estos pueblos, tendreis ocasion de sentir con todas sus consecuencias el pánico, desolacion y muerte, bajo cuyas influencias estamos nosotros. Y no digo más por ahora de ésto.

—¡Y quién es tu madre—pregunté á aquellos también consternados jóvenes,—de donde viene, porque dices que tiene el cólera!—Pues,.... ya le conoce V.; viene de Torrelacárcel, donde estuvo al cuidado de mi tío, su hermano, mi tia y otra hija que murieron.... ¡*Tablean!* exclamé, y los abandoné aligerando el paso en busca de los microbios.

Al llegar á Torremocha el Ayuntamiento y primeros vecinos se hallaban reunidos y tomado las primeras medidas; era tál la evidencia que tenían de que las *sospechas* no eran sospechas que sin esperar la opinion de la ciencia ellos mismos aislaron la casa y familia, fumigaron... con lo que el pánico fué extraordinario en el primer momento. Y no anduvieron desacertados en ello. La invadida procedía de Torrelacárcel, ya lo hemos dicho, y su mismo marido antes que avisar al practicante, segun costumbre para éste participármelo á mí, se personó ante el Alcalde diciéndole «señor, vean V. V. lo que hacen, mi mujer tiene el cólera.» Precisa entretenerme en estos detalles, pues cuando tanto se á hablado de si los médicos alarman con sus *sospechas* y sus medidas extraordinarias á los pueblos, aquí, como en el caso de Santa-Eulalia que despues referiré, el alarmado fui yó, ya que cuando llegué, todo estaba dispuesto, consternacion general inclusive. ¡Tal y tan grande era la conviccion de que bien cerca había algo! Acompañado del practicante, y prévio un ligero descanso que empleé en tranquilizarles y hasta indicarles mis dudas, de que *ello* fuera como imaginaban y que dicho se está nadie aceptó, me presenté en la casa. «D. José, no lo dude V., nos dijo el marido á una simple observa-

cion nuestra, mi mujer tiene el cólera.—Vamos, vamos y déjese V. de bobadas, ¿qué carajo sabe V. de cólera, ná...?—Lo mismo, lo mismo *estaba* su maño, y la mujer de éste, su sobrina, el tío...—Y el Espiritu Santo; ¡vaya...!

¡No se equivocaba! Apenas se apercibió de nuestra presencia con voz profunda y de timbre diferente al en que estábamos acostumbrados á oír en otras graves enfermedades nos dijo «ya lo tenemos aquí, pero yo no le tengo miedo» ¡A quién!—Al cólera.—Pero mujer de Dios si V. no tiene semejante enfermedad.—Decirle ésto y retorcerse en un calambre y á continuacion un vómito, descomponerse el rostro y aparecer bañada de un sudor frio, y el diagnóstico estaba hecho. Todavía trataba de disuadirla, pero ella repuesta un tanto,—medicina, medicina pronto, aunque me mate,—pedía con ansiedad.—Pues, es, allá vá. Y la dí no sabiendo á qué acudir en aquel momento, medio vaso de agua natural en la que había disuelto una cucharada de sal comun. Tranquilité cuanto pude á la familia, insistí con este objeto, por más que no tenía ninguna duda, en que aquello tal vez no fuera lo que pensaban, le prescribí la fórmula del Dr. Tunisi y unas cuantas observaciones pertinentes y salí de la habitacion. Antes de hacerlo, volviéndose á mí, dijo: «me moriré, yo creo que nó; soy vieja y... *se le* apodero.» —Lo creo, es V. valiente y...—No digo tanto pero si V. me dá firme medicina lo...—Pues firme medicina llevará V.

Vuelto al lado del Ayuntamiento confirmé sus sospechas y los abandoné dirijiéndome á Santa-Eulalia á dar cuenta del caso, y ver que hacian de mi persona en el conflicto que la asistencia á ambos pueblos me presumía. Pues,.... convinieron en prescindir de mis servicios, condenándome al ostracismo, es decir, á permanecer y vivir con los de Torremocha hasta tanto que las necesidades de la clase ó la propagacion de la enfermedad hicieran necesaria mi presencia. ¡Cuan poco duró mi aislamiento! El día 1.º del actual á las 9 de su mañana, y en ocasion de hallarme conferenciando con el médico de Torrelacárcel, respecto el carácter de la enfermedad, síntomas predominantes y concepto que le merecía, y que en honor de la verdad, y para satisfaccion suya, he de decir que hizo una descripción acabada de la que en el pueblo reinaba y cuya evolucion, síndrome y terminacion concordaban perfectamente con la patojenesia del cólera, recibí un oficio del Alcalde y en el que se me llamaba á todo correr, pues «segun el practicante se ha presentado un caso sospechoso coleriforme». ¡Como andaría el *caso*, que media hora más tarde y cuando reunido tenía al Ayuntamiento y Junta de Sanidad en adopción de las medidas que tuviéramos por conveniente, cuando recibí un segundo oficio en el mismo

sentido! Sali al pronto y si consternacion y pánico hallé en Torremocha cuando mi primera llamada, pánico y consternacion mayor hallé en Santa-Eulalia á mi primera vista. Se necesita ver y observar la primera impresion que un pueblo experimenta ante la posible idea de la presencia de éste azote, para poder formar lo de su estado. Renuncio á describirlo. Recelos, miradas, vagas sospechas, ... todo parecia verlo retratado en aquellas descompuestas caras. Pero señores—les dije—soy yo acaso el génio del mal, les inspiro horror, ... ¿á qué ese silencio?—¡Calle V..., yá lo tenemos!—? Pero quién sabe?—Por la procedencia, por el punto donde viene..., y por lo que Ciriaco dice, no cabe duda, *él* es.—¿Y que se sabe...?—Yo no se nada, ni he visto *cóleras*, pero como V. mismo me dijo «no se necesita visitar enfermos, ni siquiera ser médico para conocerlo; su aspecto es tal que una vez visto se le reconoce y no se le olvida» y yo que lo he visto, le digo á V. que lo he reconocido y no le olvidaré ya más: en fin, vamos á dentro y Dios quiera que me equivoque.... La calle do vivía el enfermo estaba completamente desierta: las casas en sus puertas y balcones cerrados y con trapos en las rendijas y agujeros de las llaves: vigilantes á ambos extremos impedían la salida de los que habitaban la que el enfermo ocupaba, en suma, instintivamente y guiados por el horror que ésta enfermedad causa, se habían tomado todo género de medidas y precauciones. Yo no censuro ésto y menos en el primer instante que hay que conceder algo á la preocupacion, pero concedámosle algo tambien á la ciencia y convengamos en que se compagan mal esa preocupacion, ese miedo honroso con el hecho de que muy luego, esos mismos que viven entre cristales, al sonido de la campana acuden en tropel al templo, y permanecen allí largo rato confundidos con quien tal vez acabe de llegar de un punto epidemiado; y sabido és, como aquella prohíbe estas agrupaciones, esas grandes masas de gente las más á propósito para propagarse la epidemia en los ahora posibles casos de haber importacion. Pero dejemos ésto, ya que ellos no me han de leer *ni creer* y sigamos diciendo á nuestros amigos como yó, por una de esas casualidades bien raras por cierto, me encontré aquí, como en Torremocha con la declaracion oficial, digámoslo así, del *cólera*, cosa no poco espuesta y que produce no ménos disgustos al profesor que se atreve á tanto.

No era menor el desconcierto que observé en la casa... El padre del enfermo, enérgico si los hay y resuelto y animoso cual otro, era el único que al lado del enfermo y á la vez que le prodigaba palabras de consuelo, soportaba con mal reprimida ansiedad las torturas que le causaban el estado de su hijo. Era éste un jóven de 23 años, soltero, linfático y que si de na-

turalza robusta era de complexion mediocre. Hijo de una de las más bien acomodadas familias del pueblo, sinó la mejor, su inesperada enfermedad causó sensacion en el pueblo, y en mí, todo ese arsenal de meticulosidades, reservas y esquisividades que en familias y enfermedad tales hay que desplegar. No fue menester de grandes esfuerzos, sin embargo, para aclarar mi situacion y la gravísima del enfermo. Aquí vendría bien que yó echando mano de uno de tantos folletos y periódicos que tengo sobre la mesa hiciera una descripcion acabada de la enfermedad cuyo diagnóstico ó mejor dicho, cuya naturaleza *me propusiera* evidenciar. No lo haré, pues yó antes que á esas descripciones fio el resultado de mis juicios á la observacion y á ella me atengo para decir que ésto, lo de Torrelacárcel, Torremocha y Santa-Eulalia sino es *cólera-morbo* de las fuentes del Giloca, que si no tiene *peronósperras ni vírgulas* tiene comas y.... puntos suspensivos que el tiempo aclarará. Si me equivoque, poco se habrá perdido, ya antes, mucho antes que éstas líneas vean la luz pública, ni que yó dijera *oficialmente* nada, la alarma era general, los cordones en este país, en la casi generalidad tambien de los pueblos, (fijarse bien que ello es importantísimo), y que éstos como sus habitantes presentían algo en vista de las repetidas defunciones de aquí y allá sin etiología determinada ni índrome fijo que adyudicarlas; vos pero si acierto esas comas y puntos suspensivos saldrán bajo la forma de enérgica protesta contra la conducta de los que ciegos, (y sin fijarse en la historia y marcha de la epidemia en Valencia, donde despues de dos meses y pico en divagaciones han concluido por confesar de plano) todavia se entretienen en propagar especiotas tales como decir que las tres defunciones de allá lo fueron el uno por comer setas, el otro que sopas con leche, etc. ó que las siete de acá lo eran por ésto ó por lo de más aquí. Pero dejemos ésto que bien sabe Dios no quisiera volver á tocar y veamos el juicio que formé de la observacion del enfermo.

A primera vista no me fué desagradable la impresion que me causó; sonrosada la cara y bañada en copioso sudor, era la mejor recomendacion para curarme de toda idea preconcebida. Tranquilo en este primer instante tambien, todo parecia confirmar mis dudas acerca de su verdadero estado; bien pronto una contorsion horrosa estensiva á todos los músculos del cuerpo, unas náuseas repetidas y de estremada ansiedad con un fruncimiento del rostro que acusaba mi dolor que yá apenas podia espresar-hicieronme recordar las palabras al practicante «...una vez visto se le reconoce y no se olvida». Observar que todo ésto, era en el primer momento, más breve que el necesario para consignarlo. Examinado detenidamente, aquel color más que sonrosado era moreno, casi oscuro en el fondo, con aguas ó tristes azules en varias partes, era

y para si me podeis comprender mejor, el color congestivo en su éxtasis eterno; el sudor, que yo esperaba estaría en relacion con el color á la primera impresion, es decir un sudor característico de una reaccion franca era por el contrario un sudor parecido al que determinan esas fiebres perniciosas de forma *algida* no infrecuentes en éste pantanoso país, era frio, estremadamente frio, pero un frio que se pegaba á mi mano y trasmítia al resto del cuerpo de una manera que no olvidaré jamás: sin separar la mano de su rostro, á la palpacion las carnes presentaban una dureza que vosotros sabreis interpretar pero que yo no he visto descrita en ningun autor, figuraos una preparacion anatómica de los músculos de la cara, artificial es decir, de cañamo cera,.... etc., recubierta por una piel fina á través de la que pudierais determinar la direccion, insercion, relaciones y hasta estructura de aquéllos; igual disposicion presentaban los del abdómen y estremidades, quiero decir, que los músculos formaban relieve debajo de la piel y permanecian duros, tirantes, rígidos,... parecia que aquel cuerpo se hallaba bajo la accion de una atmósfera inmensamente pesada, y que sus carnes fuertemente comprimidas (esprimidas, pudiéramos decir mejor (1)) contra los huesos no bastaban á subvenir á las necesidades de un intestino y estómago en demanda imperiosa por sus repetidas calambres, de juegos que deyectar y vomitar y de que habian agotado ya el cuerpo de éste infeliz. Sus manos presentaban una disposicion que tambien quiero haceros notar, estremadamente frias parecian al tacto cual si salieran de un liquido en maceracion, arrugadas en diversos sentidos y obedeciendo en sus movimientos los dedos á los que se les queria imprimir, su aspecto, configuracion y color azul violeta era tal que nunca tampoco se puede olvidar. Y no quiero entretenerme más en ésta descripcion; renunció á hablaros de su vientre pegado á los riñones, y de los dolores anélisimos con que á su parecer se lo desgarraban; de su gran sed, falta de pulso, aфонía pues aфонía típica, supresion de secreciones... y todo aquel síndrome por el que y segun la expresion más adecuada de uno de los mejores monógrafos (2) el enfermo se ca-daveriza.

¿Qué juicio, que diagnóstico habia de dar de la enfermedad en cuestion? La opinion pública, la familia misma á mi llegada, ya lo tenían formado aquellos con la alarma y medidas adoptadas, ésta con el aislamiento á que sin consejo de nadie se sometió y cuando solo su padre con desprendimiento y solicitud

(1) «Esprimir:» extraer el zumo ó licor de alguna cosa que tenga, ó esté empadada en él, apretándolo ó retorciéndolo. Dic. Euin.

(2) Gonzalez Samano: Monografía histórica del cólera-morbo asiático.

que le inspirara el amor filial quedó al cuidado del enfermo. Todavía intenté esperar, llamando en mi auxilio en consulta al médico de Villafranca D. Casimiro Sanz, y que por dificultades que ahora no tocaré no pudo venir, si bien una hora antes de llegar el propio á su pueblo el enfermo habia dejado de existir, pero la gravedad aumentaba, el desenlace se aproximaba, así que no tuve más remedio que formular *Cólera* en su segundo periodo, *algido cianico ó de reconcentracion*. Esto sucedia á las 12 y media de la mañana, hora de mi primera visita. Del tratamiento, poco os puedo decir, me limité á los cuidados generales, friegas cocimientos de té y agua de pan que bebía con furor, y le prescribí la fórmula del Dr. Tunisi que verias en el último número, pero simplificada de acuerdo con este farmacéutico de la siguiente manera, que no obstante os recomiendo para un caso solo:

Agua destilada. . . . .	150	gramos
Láudano Sidescham. . . . .	2	—
Eter sulfúrico. . . . .	1	—
Esencia de menta. . . . .	3	gotas
Jarabe de corteza de naranja amarga. . . . .	20	gramos

Para tomar una cucharada grande los adultos y de café los niños cada cuarto de hora. De esta pocion le di una cucharada por mi misma mano, y con encargo de seguir las dosis según se manifiesta, me retiré á dar cuenta del caso.

Media hora mas tarde á la una y cuarto me llamaban á toda prisa; su estado era el mismo elevado al cubo, es decir, no reaccionaba, continuando en cambio la ansiedad, los dolores deslizerantes al vientre y las náuseas que los provocaban. A mi vista ya una sola palabra pronunció «¿qué me ha dado V.? ¡me mueró!» Su padre como yo procuramos tranquilizarlo y con tanto motivo cuando este aseguraba no haberle dado nada. Yo me quedé corrido y ví en aquella palabra un *chispazo* de otro género que me dá no poco que pensar.

Iniciado el periodo agónico, más que en medicamentos que no necesitaba, se llamó al cura y confesado y uncionado espiró á las dos de la tarde, dentro de esa segunda fase del cólera, llamada *algido reconcentrado* y que tan maestralmente describen Laverán, Desnos, Briquet, Sámano y de la que no pasó; es decir de una enfermedad *caracterizada por cólicos, vómitos, calambres, perfrigeracion, espasmo general, colapso y muer e*, que es como el Dr. Campá, dando la voz de alerta, describió la epidemia de Tolon, en Julio de 1884.

Destinado nuestro periódico á circular entre las clases profesionales á ellas y para ellas solamente van encaminadas las líneas anteriores, y que de trascender al vulgo causarían el efecto que es de suponer; sin embargo y para satisfaccion de todos voy á concretar el asunto, contestado

segun mi pobre opinion, en la pregunta siguiente: ¿es lo sucedido bastante á justificar el titulo que lleva este articulo?; cientificamente *sí*; oficialmente *distingo*. Bajo éste segundo aspecto, ya el 1.º de Julio tres dias despues del caso de Torremocha, y todavia no habia dado cuenta á la autoridad superior del estado de la enferma y alarma del pueblo: comprendia la importancia del asunto, la responsabilidad que asumia, la gravedad del paso que iba á dar, y yo no podia determinarme sin antes consultar con mis compañeros, especialmente con el de Torrelacárcel, punto sospechoso, y de cuyas notas á la autoridad no tenia conocimiento. Ignoraba en opinion, desconocia el juicio que le merecian las defunciones allí ocurridas, y yo no podia aventurarme á comprometer su reputacion ó la mia ante una manifestacion en la que no anduviéramos conformes. Antes que todas las conveniencias sociales, está el prestigio de la ciencia y sus ministros por el que debemos sacrificarlo todo. Ese dia pues, y oido el parecer del Sr. Soriano, que ya os he dicho participaba en un todo de la tendencia y naturaleza colerigena de los casos en su pueblo, no tuve inconveniente en anunciarlo *oficialmente* así. Si todos hubieran procedido del mismo modo, no se hubiera dado el muy triste espectáculo de dos profesores en un mismo pueblo y con *cuadros* iguales certificar el uno de intermitentes perniciosas y de perniciosas coleriformes, el otro, etc., causa del desprestigio en parte que en este asunto pesa sobre nuestra clase. El mal no está en la interpretacion distinta que pueda caber á entidades necrológicas claramente definidas; está, en que comprometido nuestro amor propio, por nada ni por nadie damos á torcer el brazo. El cólera no es fácilmente *confundible*, insisto en ello; y positivamente que esa confusion de conceptos, si los hay, nace de esa falta de armonia en nuestra clase, origen de nuestros infortunios científicos y profesionales. En casos parecidos, yo os invito á que emiteis mi conducta; no tendreis por qué arrepentiros: antes de decidir, pedid auxilio, consultar con nuestros inmediatos, ya lo dijo aquél anciano, *judicium difficile, experientia fallax*, y todos de comun acuerdo elevad vuestros conceptos á la superioridad en la seguridad que sobre hacer solidaria una tan grave responsabilidad dareis mayor importancia, prestigio y autoridad á vuestras decisiones. Bajo el aspecto *científico* no quiero cansarme, estoy tan profundamente convencido como de quien soy; aparte de lo ya dicho, me fijaré no obstante en un solo dato, que llamaré *de origen* y que es el que primeramente debeis averiguar. La de Torremocha habia estado por espacio de algunos dias al servicio y cuidado de enfermos sospechosos en Torrelacárcel, y que con sus sospechas como ella murieron. Los de aquel pueblo, sospechosos de todo, lo estaban mucho más de ésta mujer, para la que se pusieron espías con encargo de vigilarla é impedir su entrada en él, una noche empero burlando tolo cuidado,

saltando acequias y por medio de los trigos, anhelante fatigada y mojada toda se coló en su casa y *nos coló*, dos dias luego, las sospechas. El de Santa-Eulalia, apareció, meticoloso, de condicion dócil, y en una palabra joven inesperto y sin ninguna malicia de las cosas del mundo si los hay, procedia de la ribera de Daroca, durmió la noche anterior á la del dia de su fallecimiento, en el parador de Monreal, donde si hubo ó no hubo algo, la misma noche, que lo averigue el Nuncio, luego al pasar por Torrelacárcel se subió al carro y allí entre mantas *se libró* de toda comunicacion, igual operacion hizo en Torremocha y al dia siguiente, despues de oir misa estalla de la manera que habeis visto ¿Necesita más ciencia, en vista de todo, para formar concepto? Tienen la palabra los que duden así de la naturaleza como de la veracidad de cuanto llevo referido.

En vista de las circunstancias antedichas y á propuesta de alguno de ellos, nos reunimos el dia tres los profesores médicos de Villafranca, Alba, Torrelacárcel y Santa-Eulalia y despues de discutir ámpliamente acerca de la naturaleza de la enfermedad y en la contigencia de que este pudiera desenvolverse en el rio, acordaron: asistirse mutuamente en casos de enfermedad de ellos ó sus familias. Esta asistencia es personal ó limitada al profesor que la solicite y su familia, pero en manera alguna al pueblo en que ejerce, el solicitante, que quedará en libertad de servirse de los conocimientos del solicitado, así como éste tambien de dispensarlos segun las circunstancias.

Entre las varias monografias y folletos que estos dias hemos recibido, no dudamos en aconsejar á nuestros lectores la debida á D. Antonio Espina y Capo, cuyos estudios dimos ya á conocer en el último número. Se titula *el cólera morbo asiático. Consideraciones generales acerca del mismo*. Forma un verdadero libro de 152 páginas en 4.º mayor, y su texto por extremo interesante está basado en los trabajos mas modernos de Koch, Ronx, Nicati, Riech y Ferran, con los métodos de tratamiento de Macuamaza, Kiissner, Tunisi, Prota-Guirleo, Hayem, etc., etc., que analiza extensamente. Ya con anterioridad expusimos nuestra humilde opinion acerca del Dr. Espina y sus *consideraciones*, limitándonos á decir que estimamos en mucho su regalo que no cesamos de ojear, y que sinceramente recomendamos á nuestros lectores en las actuales circunstancias. Es en suma, una verdadera obra científica, por el caudal de conocimientos que aporta al médico que en consulta quiera estar á la altura

del asunto hoy dia. Precio 3 pesetas. Los pedidos á la Administracion de la *Revista de Medicina y Cirujia prácticas*, Caballero de Gracia, 9, 2.º, Madrid.

Otro folleto no menos interesante y ya hoy popular en España, és el titulado: **El cólera morbo asiático.**—Conocimiento de tan gravísima enfermedad y método sencillo escrito en lenguaje vulgar para que pueda prevenirla y curarla cualquiera persona, por D. Juan Cuesta y Ckerner. —Tratamiento médico empleado por el autor en diferentes epidemias.—Instrucciones oficiales dictadas por la Real Academia de Medicina de Madrid para prevenir el desarrollo de una epidemia y aménorar sus extragos.—Nociones, preceptos y medios para prevenir su desarrollo y combatir sus primeros síntomas, aprobadas por la Junta Municipal de Sanidad de Madrid.—Instrucciones de higiene privada, redactadas por la Academia de Medicina y Real Consejo de Sanidad en 12 de Junio de 1885.

Folleto esmeradamente impreso en papel satinado, y escrito con arreglo á los últimos adelantos científicos, y que ha sido aceptado por numerosos Ayuntamientos y Juntas de Sanidad como cartilla sanitaria.

Precio, una peseta en toda España. Los pedidos, previo pago de su importe, se dirigirán á D. Juan Cuesta y Ckerner, Director de *La Correspondencia Médica*, Jesús del Valle, 27, 2.º derecha, Madrid.

Tambien tenemos á la vista el folleto del Dr. Tunisi, y *una hoja* extractada de él, de que en Valencia se ha hecho una numerosa tirada y repartido á millares á sus pueblos. La base del tratamiento de Tunisi es el *laudano*, con el que nosotros estamos perfectamente conformes, tomándolo en la fórmula yá dicha ó en la simplificada por nosotros ó bien de la siguiente manera, como dice:

Se llena de agua una cuchara, tamaño comun, vertiendo en ella *quince ó veinte* gotas de dicho láudano, y se repite la toma de media en media hora, hasta que se observe que ha cesado la diarrea, lo cual ocurre todo lo mas tarde á la tercera toma; entonces se disminuye la cantidad de láudano en una mitad ó una tercera parte, y se toma de hora en hora.

Lo mas que se necesita para lograr una cura completa son 4 ó 6 gramos de *buen láudano*.

Si el paciente queda algo soñoliento por efecto del tratamiento, désele una buena taza de café con algunas gotas de anisado ó de cualquier otro agente *espiritoso*.

Dice Tunisi: «Curada la llamada *diarrea premonitoria*, se ha conjurado todo el peligro, y el individuo está curado de un ataque de cólera, que, á haberse prolongado, podia serle fatal.»

Dice *la hoja*: «Son innumerables las personas que se están salvando con el tratamiento que acabamos de exponer, no solo en la capital, sinó en los pueblos donde ha empezado á usarse, si las familias acuden al médico en el primer momento que se sienten con diarrea.»

«Prepárase, pues, de *buen láudano*, fijarse bien en el estado del vientre, y tan pronto se observe el menor desarreglo, tomar las dosis de *laudano*, siempre con arreglo á las anteriores explicaciones. ¡La curacion es segura!»

En fin, el folleto del doctor Tunisi, para los que quieran enterarse de todo lo que dice el médico italiano, se vende en la librería de Ramon Ortega. Bajada de S. Francisco, 11, á 4 reales ejemplar.

No menos segura es la curacion, si atendemos á lo que nos dice D. Segundo Saenz, en su folleto «Método curativo del cólera-morbo asiático y cuyo fundamento es el empleo del *vomi purgativo de Mr. Le Roy*, conocido en España con el nombre de *La Rúa*. A ser cierto lo que en el mismo se dice *el que se muere es porque quiere*. Nosotros lo hemos leído detenidamente y francamente decimos nos admira la seriedad con que asegura la curacion. Es mas; hasta casi pedimos por favor nos metan 10 ó 12.000 *virgulas*, ya que con el *vomi*, á la vez que ellos tal vez arrojáramos los venenos y las *rabias* que por vuestra conducta *humorean* y vician nuestra sangre. No menos entusiástamente que éste *Boteller* ó Sacristan lego de Calahorra, *escribe* su folleto, hemos visto defender el procedimiento por otros *legos sacristanes*, tanto que para cuando les *toque* hemos mandado preparar una tinaja de *vomi*, del que daremos hasta verles arrojar el *veneno sacristanesco*. Y si quereis mas detalles, con una peseta á su autor, Navas, 14, Cala-

horra, os servirá el folleto, que no obstante os recomiendo.

Nos permitimos recomendaros tambien la Memoria de los señores Rica Lafora y Cubells Cano, con motivo del cólera en Beniopa el año último, que se ocupan de la epidemia, bajo el punto de vista clínico; y las Instrucciones de Dr. Issac; y..... ¿á que continuar? Con todo ésto, y las fórmulas y remedios que os voy á dar, bien podré decir que sois unos topos, sino conseguís salvar el 99 y medio por 100 de vuestros enfermos. Yó, bien es verdad, que hasta ahora llevo la contraria, pues, se me olvidaba decir que la de Torremocha falleció el dia 5, cuando yá bien reaccionada se le presentaron los fenómenos ó periodo tífico del cólera, pero en esto, como en muchas de mis cosas, yo no formo regla.

Y allá vá lo mas esencial que hemos encontrado en la prensa:

Del doctor Koc, descubridor del vírgula colérico, son estas prescripciones que reproducen la mayor parte de los periódicos alemanes:

- 1.<sup>a</sup> No beber agua que no esté hervida.
- 2.<sup>a</sup> No comer frutas ni legumbres crudas.
- 3.<sup>a</sup> No cometer excesos de ningun género.

Y 4.<sup>a</sup> Tomar una vez al levantarse por la mañana y otra á media tarde, dos dedos de agua en un vaso con dos gotas de ácido clorhídrico.

El sábio doctor aleman cree que el anterior régimen profiláctico es tan eficaz cuanto puede desearse, y tan cómodo y económico que aun los más pobres deben someterse á él.

El Dr. Rubini, de Nápoles, trató á 541 coléricos, sin que uno solo muriese; el remedio es el alcanfor. En manos de otros médicos dió igual resultado. En la epidemia de Inglaterra, del 65-66, fué extensamente usado. Su preparacion es:—Se disuelve en medio cuartillo de espíritu de vino de 40° Cartier (ó sea alcohol puro), media libra de alcanfor (desmenuzado).

Modo de usarlo:

La diarrea, etc., leve.—Tómese de cinco á diez gotas en un poco de azúcar de pilon ó molida (y no con agua) cada 20 minutos, hasta que haya alivio.

La diarrea, etc., fuerte.—De diez á veinte gotas cada cinco minutos, cuando haya alivio se disminuye la cantidad, alargando los intervalos.

El paciente debe estar envuelto en mantas. En los casos graves, se aplica al espinazo una tira de tela, saturada en la misma tintura; también se darán friegas con la misma sobre el estómago y vientre.

El Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, ha recibido de un farmacéutico de Nápoles, llamado D. Eduardo Promontoris, la siguiente fórmula, que dice ha dado magníficos resultados en dicha capital.

«Cinco centigramos de extracto acuoso de ópio, 2 gramos de citatro de hierro y ácido tartárico en partes iguales, 200 gramos de emulsion gomosa y agua aromática, en partes iguales, 40 gramos de jara-be de cidra. Mézclese.»

El Sr. Santibañez, dá como eficazísima la siguiente fórmula:

Magnesia calcinada, cuatro cucharadas grandes, colmadas, ó sean. . . 30 gramos.  
 Esencia de anís volátil. . . . . 15 gotas.  
 Láudano de Sidenam. . . . . 6 id.  
 Agua la precisa para diluirla y tomarla. . . . .

Consistiendo la eficacia de esta fórmula en la prontitud de usarla, deberá tenerse en casa, convenientemente conservada en un frascito bien tapado, tomándola en el acto que se note cualquier sintoma colérico, especialmente en los fulminantes, que no dan tiempo para nada.

Abandonados los primeros momentos, sobre todo en los fulminantes, el medicamento es nulo.

El Dr. Giaramelli, en un opúsculo titulado: *Sul Cholera de 1884*, preconiza los buenos efectos de las inyecciones hipodérmicas de citrato de hierro.

Segun el Dr. Gonzalez, en Cienpuzuelos, las inyecciones de ópio están dando magníficos resultados contra el cólera. A algunos las hemos visto alabar como muy racionales.

El Sr. Reyes, propone como tratamiento el incluir en la sangre lo que se le escapa, «el suero de la sangre por exosmosis al tubo intestinal», que sustituye con inyecciones intravenosas del suero de la leche.

El Dr. Vicente, sabeis el entusiasmo con que defendió el año último la administracion del sesquidioruro fénico y que nosotros hemos tenido ocasion de comprobar en las intermitentes.

Graves, el inminente clinico, se muestra partidario del ópio, que administra con el azetato de plomo en píldoras.

Seríamos interminables á seguir citando doctores y remedios. Hacemos punto final y pasamos á otra cosa.

En la sesion de 12 de Junio último, entregó nuestro valiente diputado médico Sr. Sastron, la exposicion, que pidiendo la consabida ley de Sanidad, le dirigieron los profesores del partido de Valderrobres, pronunciando con éste motivo las siguientes palabras, que nunca apreciaremos bastante: «Mientras las Córtes no discutan y aprueben una ley de Sanidad marítima y terrestre que llene las notorias deficiencias de la actual, no es de extrañar que los profesores de ciencias médicas acudan á las Córtes en solicitud de que se haga esa ley. En distintas ocasiones he tenido el honor de presentar al Congreso documentos idénticos al que hoy os presento y recomiendo, suplicándoos atendais la sentida peticion que os dirigen profesores de todas las ramas de la ciencia de curar que están al frente de la salud pública en los pueblos que forman el distrito de Valderrobres que tengo la honra de representar.»

Dicha exposicion la suscribían 45 profesores, á los que por propio interés damos las gracias, esperando encuentren imitadores en los restantes partidos ¡que aun no lo han hecho!

Una de las víctimas, entre otras, de la enfermedad reinante, lo ha sido el quefué nuestro maestro y queridísimo catedrático de Clínica médica en Valencia, el Dr. D. Juan Bautista Peset; toda la prensa dedica sentidas frases al sábio y modesto profesor, y nosotros que de cerca, y tambien como muchos, pudimos apreciar las virtudes de aquel grau práctico nos asociamos de todo corazón al dolor que la medicina valenciana experimenta con la muerte de aquel que tanto la honraba.

Víctima de un ataque fulminante de... falta de formalidad *en los suscritores*, ha dejado tambien de existir nuestro apreciable colega *El Aragonés*. Cuando tan conformes estábamos con lo que nos venia diciendo, su desaparicion nos apena doblemente por el motivo que lo causa. Es sensible lo que en esta provincia sucede en empresas de esta índole, *ni hacen ni dejan hacer*, que dijo un amigo mío. Si iguales causas, producen iguales efectos, consuélense nuestros amigos ante las probabilidades de que muy luego, tal vez desde el número inmediato, tendremos ocasion de encontrarnos en el panteon de la historia. Y no decimos más por hoy.

Ha dejado de ser nuestro Administrador en Teruel el Sr. Sandalio Rodriguez, practicante en la farmacia del Sr. Soriano. La estorsion que lo sucedido con dicho señor nos ha causado, es tal que de no tener gran parte de los materiales de este número en la imprenta ya no más hubiéramos seguido con *esto*, que por lo especial es inconcebible. Y tampoco decimos más. Una nota nada mas. Cuando en seis meses, no han llegado á *seis* las suscripciones que ha recibido, no se os ocurra ahora girar á favor de dicho señor.

El estado sanitario de este Rio nada deja que desear hasta hoy 11 en que salen para la imprenta estos materiales. Las autoridades y profesores todos observan una conducta prudentísima: las precauciones son extremadamente rigurosas: los desinfectantes *reinan por doquier*: las casas de los sospechosos se han fumigado repetidas veces y sus camas y enseres entregados á las llamas: san Roque es el santo festejado por todos; de tarde en tarde le toca, pero ahora debe estar satisfecho, le tengo envidia.

Y... «entre misas y rosarios,  
y alguna procesion,  
paso...  
á hablaros de *los sapos*».

Pues señor, cuando los primeros dias de la alarma, cuando el establecimiento del *nazarreto* en la Jaquesa, llegó á éste mi pueblo un arriero con su carga (la del burro) de cerezas. Estábamos acordonados y salió una comision á examinarlas. Yo comi un buen *recado* y.... *no pasan*.

—Pero señor, si vengo de Cella.

—Aunque venga V. del Misisipí—contestó uno de la comision—es género sospechoso y ya se está V. largando.

—Y no he de echar un trago siquiera

—Bueno, pero pronto.....

Diez minutos despues.

—Haber, ya está V. corriente

—¡Co... cuanta prisa!

—Le digo á V. que al momento

—¡Le... y que miedo!

—Menos conversacion y andando

—Arre, burroarre. Y volviéndose hacia nosotros *se largó* murmurando: «asi les caiga una talega de *sapos* de esos del cólera.

José Garcés.